

al aire, en presencia del numeroso gentío que allí se había congregado; y emprendían la marcha unos en pos de otros formando una larguísima hilera. En uno de estos carros iba el P. Pignatelli. Tan triste espectáculo arrancó de cuantos lo presenciaban gritos de justa indignación y santo enojo.

Faltaban todavía más de trescientos para salir de Tarragona, cuando llegó la noche; y fue necesario suspender la salida y aplazarla para el día siguiente. Eran las diez de la noche cuando el P. Pignatelli con sus compañeros llegados á Salou, no obstante que estaba el mar muy alborotado, subieron en las lanchas de antemano prevenidas, y se dirigieron á los buques anclados bien distantes de la playa. La noche era muy oscura; tanto, que fue necesario encender teas para hacer el viaje desde la playa á los buques.

Llegados á bordo los Padres, no les quedó aliento para otra cosa que para tenderse donde cada cual pudo, hasta que los marineros los ayudaron á bajar al entrepuente. De cena ni se habló aquella noche; ya porque los jesuitas no estaban para tomarla, ya también porque el comisario, con el fin de tener oculto el día del embarco, no había avisado para que la proveyesen. Entre una y dos de la madrugada fue un comisario regio á entregar á cada uno la pensión para el primer semestre, que era de veinte y cinco escudos de oro para los sacerdotes y escolares, y de veinte y dos y medio para los coadjutores. Suplicáronle todos que entregase á los Superiores el dinero; y convino en ello á condición que cada uno había de firmar haberlo recibido.

Antes del mediodía del día siguiente, 30 de Abril, estaban ya embarcados los que el 29 no lo habían podido ejecutar: estos en su viaje de Tarragona á Salou fueron mejor tratados; pues los agentes reales, temerosos de la indignación del pueblo, habían provisto de cojines los carros, y además cubrieron con toldos los designados á conducir á los sacerdotes. Hizose el embarco á la luz del día con menos incomodidad que el de la noche anterior; y la tarde del mismo día 30 giró una visita por las naves el comisario, y entregó á los jesuitas la mitad de su pen-

sión anual, como se había hecho con los que se habían embarcado el día anterior.

Para que mejor se entienda lo mucho que padecieron los pobres desterrados desde el instante de su arresto hasta el punto de hacerse á la vela, téngase presente que «fueron muy pocos,» dice el P. Olcina¹, «dos que no estuviesen siempre con un ay en la boca y cuatro en el corazón, temiendo algún mayor desastre, como el de quedar presos en España, y á buen librar, po- drirse en algún calabozo subterráneo..... Tenían muy presente el gran número de jesuitas que gemían en las subterráneas cárceles de Portugal, no obstante que todos ellos eran inocentes: y á más de esto á sus oídos solo llegaban voces las más funestas, que corrían por el pueblo, las cuales no podían menos de alterar la imaginación y fantasía de los pobres jesuitas y hacerles prudentemente temer mayores desgracias.» Pero quiso Dios que todo esto no pasase de puros temores.

Distribuyéronse los Padres y Hermanos en trece buques mercantes, para cuya guardia fueron destinados tres jabeques de la real armada al mando del capitán D. Antonio Barceló, célebre por las muchas victorias conseguidas sobre los moros. El día primero de Mayo, mucho ántes de amanecer, la capitana, llamada «el Audaz,» dio señal con el disparo de un cañon para que todas las naves se hiciesen á la vela. Precedió «el Audaz,» seguíanle los buques mercantes puestos en filas de dos en dos, cerrando la marcha los otros dos jabeques, á saber, «el Cuervo,» al mando de D. Francisco Quevedo, y «el Catalan,» cuyo comandante era D. Máximo Davusé. Todo el decurso de la navegación, mientras lo permitió el tiempo, conservaron este mismo orden.

En cada buque mercante iban de sesenta á setenta pasajeros, de los cuales unos tenían el lugar destinado para colocar su colchon sobre cubierta á babor y estribor desde popa á proa, otros abajo en la bodega, y algunos por fin en la popa misma. Una tosca tabla de palmo y medio en alto dividía los puestos

¹ *Relacion festiva* etc. Parte 1.^a, pág. 69.

unos de otros. Casi no quedaba espacio para entrar en aquellas hileras de camas: por lo bajo del techo apenas podían estar de pie ni andar por allí sin encorvar el cuerpo.

Lo que más incomodaba era la falta de sitio para colocar mesas en que comer: muy pocos cabían en ellas; y los demás, ó aquellos á quienes faltaba silla ú otro asiento, tenían que comer y cenar echados sobre cubierta, como mejor podían, expuestos al sol y al viento. Dos de los buques más capaces y cómodos se reservaron para los enfermizos y achacosos, siendo permitido trasladar á ellos á los que durante la navegacion enfermaban. En cada embarcacion había altar donde se celebraba misa y comulgaban los que no eran sacerdotes, ó siéndolo, no podían celebrarla. Observábase en todo lo que era posible la distribucion ordinaria de los colegios: con lo cual cada buque se transformó en una casa religiosa flotante.

El mismo día que salió de Salou la escuadra, se divisó á lo lejos la isla de Mallorca, para la cual llevaba el rumbo. Al otro día, á la puesta del sol, anclaron en la cala por nombre la Porrassa, tres leguas distante de Palma. Aquí estuvieron todo el día siguiente hasta que se les juntó otra nave de Palma, en la que iban embarcados los Padres de los tres colegios de Mallorca y los de una residencia de la isla de Ibiza. Aprovechó este día de reposo el P. José Pignatelli para ejercicio de su caridad con sus hermanos, y pudo hacerlo bien por su perfecto estado de salud: porque lo mismo fue entrar en la nave, que recobrar sus antiguas fuerzas, sin que ni entonces ni en mucho tiempo después le repitiesen los vómitos de sangre, que tan extenuado le dejaron los últimos días que pasó en Tarragona.

Premió Dios la generosidad de su siervo, disponiendo que la navegacion, lejos de agravar el mal, conforme le habían pronosticado, se lo hiciese desaparecer, como había predicho él: cosa que todos tuvieron por extraordinaria y casi prodigiosa. Y el mismo P. José creyó ver en este suceso una particular providencia de Dios, cuya voluntad era que pusiese aquella salud, tan de súbito restablecida, al servicio de sus hermanos.

Ofrecióle buena ocasion para ello la amistad que contrajo con el capitán Barceló. Sabía este quién era el P. Pignatelli. Comprendía que cualquiera distincion y comedimiento usado con los hermanos del embajador de España en París, mayormente en días para ellos tan aciagos, le era una poderosísima recomendacion con persona de tanta influencia. Por otra parte la afabilidad, los nobles modales, y más que todo la virtud del P. José, le habían cautivado el corazón: así que no había género de agasajo, de condescendencia y confianza que no le prodigase.

No poco mortificaba al humilde Padre tanta deferencia, como hombre que sabía hollar todas las grandezas humanas, y solamente hacía aprecio y estima de las ignominias y padecimientos de la cruz. Con todo, advirtiendo que el admitir él aquellas consideraciones, que, sin buscarlas, se le ofrecían, le ponía en disposicion de servir á sus hermanos y aliviarles los sinsabores y molestias del viaje y del destierro, determinó aprovecharse de ellas con permiso de sus Superiores.

Convidóle Barceló á comer consigo en la capitana el día que estuvieron anclados en la Porrassa, y juntamente con él invitó, para que le acompañasen, á su hermano, el P. Nicolás, y alguno de los otros Padres conocidos suyos. Aceptó el P. José el convite; y fue tal el contento de Barceló al verle sentado á su mesa, que no sabía cómo agradecerle aquel obsequio; y tan sabrosos coloquios pasaban entre los dos, que el capitán no sabía separarse de él, y nunca se cansaba de oírle. Al fin se le ofreció para cuanto fuese menester; y como le insinuara el Padre que le había de quedar muy obligado, si le autorizase para salir de su buque é ir á visitar á los amigos que en las otras naves estaban, concediósele de buen grado Barceló, y le dio amplias facultades para trasladarse á cualquiera de los buques, no solamente cuando estos estuvieran anclados en algun puerto, sino siempre que las calmas diesen lugar á que en bote fuese conducido á ellos. No hallaba el buen Padre expresiones con que agradecer al capitán aquel beneficio: y desde luego comenzó á hacer uso de las extraordinarias facultades que acababan de otorgársele.

Viósele en seguida volar de una en otra nave, deteniéndose en ellas segun eran las necesidades de los embarcados: consolaba á los afligidos, animaba á los desalentados, y con su jovialidad y buena gracia se esforzaba á lanzar de los corazones de todos la melancolía, el tedio y las imaginaciones tétricas que les asaltaban.

Bastaba que se presentase él con su risueño semblante y su corazon de fuego, para disipar cualquier sombra de tristeza del rostro de los que la padecían, y enfervorizar el pecho de todos en amor de la cruz. Mas donde desplegó vuelo mayor, fue en las dos naves en que iban los ancianos decrepitos y los dolientes. Pasaba larguísimos ratos con ellos, iba de cama en cama sirviendo á cada uno en los oficios más humildes, cual si fuese no ya su enfermero, sino su esclavo.

Reunidos á los Padres del continente los baleares, zarpó la escuadra de la cala de Porrassa el día cinco. Dos días enteros navegaron prósperamente con rumbo á Civitavechia en las costas de Italia. Al tercero á mediodía desencadenóse de la banda de levante un furioso vendaval, que en poco tiempo puso el mar en grandísima conmocion. Habían dejado ya muy atrás la isla de Menorca; y no pudiendo vencer la furia del viento y de las olas, les fue preciso volver atrás. Dio señal la capitana; y poniéndose delante de los demás buques, dirigieron su rumbo á Menorca, y se refugiaron en el puerto de Fornells, el más seguro y próximo que se les ofreció. Dos días se detuvieron en él, en los cuales pudo el P. Pignatelli abrir segunda vez los senos de su inagotable caridad con los pobres navegantes poco avezados á los horrores de una tempestad en el mar y no acostumbrados á aquellos peligros.

Por fin el nueve de Mayo con viento favorable y mar tranquila emprendieron nuevamente su viaje, pasando al tercer día el estrecho de Bonifacio, entre Córcega y Cerdeña, y el día trece del mismo mes de Mayo aportaron con toda felicidad en Civitavechia, puerto y ciudad de los Estados Pontificios. Respiraron los jesuítas al verse por fin libres del furioso elemento, fondea-

dos en el puerto de su destino, y próximos á la ciudad de Roma, cuya suspirada vista esperaban que había de hacerles olvidar los sinsabores y molestias de tan penosa navegacion y adormecer los gratos recuerdos de una patria, que con tanta ignominia los lanzaba de su maternal seno, cual si fueran hijos desnaturalizados, siendo así que sacrificaban sus talentos, sus fuerzas y aun sus vidas en provecho de sus hermanos. Dieron al Señor las más afectuosas gracias por los favores que les había dispensado en su viaje hasta conducirlos sanos y salvos á la seguridad del puerto.

Pongamos fin á este primer libro con algunas reflexiones. Sea la primera la que hace el Sr. Menéndez Pelayo al referir este suceso. «El horror,» dice¹, «que produce en el ánimo aquel acto feroz de embravecido despotismo en nombre de la cultura y de *las luces*, todavía se acrecienta al leer en la correspondencia de Roda y Azara las cínicas y volterianas burlas con que festejaron aquel salvajismo. «Por fin se ha terminado la operacion cesárea en todos los colegios y casas de la Compañía:» (escribía Roda á D. José Nicolás de Azara en 14 de Abril de 1767). «..... Allá os mandamos esta buena mercancía..... Haremos á Roma un presente de medio millon de jesuítas.» Y en 24 de Marzo de 1768 se despide Azara «hasta el día del juicio, en que no habrá más jesuítas que los que vendrán del infierno.» Aun es mucho más horrendo lo que Roda escribió al ministro francés Choiseul: palabras bastantes para descubrir hasta el fondo la hipócrita negrura del alma de aquellos hombres, viles ministros de la impiedad francesa: «La operacion nada ha dejado que desear: hemos muerto al hijo; ya no nos queda más que hacer otro tanto con la madre Nuestra Santa Iglesia Romana.»

Con lenguaje menos cínico y bajo que Roda, escribía el 27 de Abril de este año de 1767 D' Alembert al marqués de Villevielle: «Me alegro, mi bravo caballero, de la expulsion de los jesuítas. ¡Ojalá se pudiesen exterminar todos los religiosos, que no valen más que estos pícaros de Loyola!» Y Federico II en

¹ *Heterodoxos españoles*, Tomo III, pág. 144.

carta de 5 de Mayo próximo escribía á Voltaire: «Veis aquí una nueva ventaja que acabamos de conseguir en España. Los jesuitas han sido echados de aquel reino. ¡Qué cosas no verá el siglo que seguirá al nuestro! La segur está puesta junto al árbol..... Los filósofos se levantan contra los abusos de una superstición reverenciada. Este edificio va á desplomarse, y las naciones publicarán en sus anales, que Voltaire fue el promotor de esta revolución, que se hizo en el siglo diez y nueve.» Son innumerables los escritos de los filósofos en que manifiestan su gozo por el triunfo obtenido en España con la expulsión de la Compañía, y celebran este momento como el principio de la total destrucción de la Iglesia, que era su sueño dorado.

Filósofos, masones, y jansenistas concurrieron á la destrucción de la Compañía y se disputaban la gloria de haber sido sus verdugos. Óigase á este propósito á D' Alembert, el cual en su historia de la destrucción de la Compañía, escrita á raíz del extrañamiento de España, dice: «Aun cuando este suceso no sea el más grande y el más funesto; no es sin embargo el menos sorprendente y el menos susceptible de reflexiones. Toca á los filósofos considerarlo cual es en sí mismo, presentarle en su verdadero punto de vista á la de la posteridad, y hacer entender á los sabios hasta qué extremo las pasiones y el odio, sin percibirlo ni entenderlo, han coadyuvado con sus servicios á la razón en esta catástrofe. Las causas no son las que han publicado los manifiestos de los reyes..... Los hechos alegados por Portugal, especial y señaladamente con respecto á Malagrida, son igualmente ridículos que crueles..... La filosofía es la que ha pronunciado verdaderamente el decreto contra los jesuitas por boca de los magistrados, sin que el jansenismo haya desempeñado otras funciones que las de un simple procurador..... Los jesuitas eran tropas de línea y bien disciplinadas bajo el estandarte de la superstición.....; formaban la columna macedónica, cuya ruina y exterminio importaba tanto á la razón; porque no mereciendo los frailes de las demás órdenes otro concepto que el de cosacos ó genizaros, tendrá poco que hacer la filosofía para

destruirlos ó dispersarlos cuando se vean solos en el combate..... La ruina de los jesuitas arrastrará bien pronto la de sus enemigos los otros regulares, no con violencia, sino lentamente y por la vía de la insensible transpiración.» Hasta aquí D' Alembert.

De todo lo dicho hasta aquí resulta, á mi parecer, históricamente demostrada la verdad del principio que sienta el autor del *Juicio Imparcial* en el primer párrafo de su folleto, en que dice así: «Tienen muchos esta expulsión como resulta de las turbaciones de España y de las Indias en este reinado [de Carlos III], y así se cree sobre la fe de los papeles públicos; pero se engañan: pues los jesuitas habrían sido expulsos, aunque hubiera rebosado en los pueblos la quietud. Dio, sí, el motín de Madrid el motivo de ejecutarla en este tiempo; y aun con todo la ocasión se logró con la muerte de la reina madre. Si esta señora hubiera vivido, vivirían ellos en sus colegios, aunque lloviesen motines; y con su muerte serían expulsos, reinando la mayor tranquilidad.»

Cualquiera diría que el imparcial autor de aquella memoria había asistido á la reunión de diplomáticos, en que Roda manifestó haberse fijado la época de la muerte de Isabel Farnesio como el momento en que debía realizarse el extrañamiento de los jesuitas.

Óigase ahora al autor de otra relación del tumulto de Madrid, hallada entre los papeles del P. Isidro López después de su muerte¹. Dice así: «Dudará con razón la posteridad cómo reinando un rey virtuoso y católico en España, pudo forjarse ni conducirse obra tan inicua. La respuesta es fácil. Su Majestad, por un principio de equidad y por una máxima de justificación, cree que en los negocios de justicia y en los más importantes de gobierno debe, por seguridad de conciencia, no apartarse de las consultas, informes, y resoluciones de los respectivos ministros y tribunales. Su Majestad no pudo prever, ni hoy sabe, ni hay conducto por donde pueda saber, que el suponerle un delito de

¹ P. LUENGO, *Papeles varios*, Tomo 20, pág. 57.

tumulto y conspiracion contra su real persona y familia lo que solamente fueron gritos plebeyos contra Esquilache por pan caro y capas cortadas á los plebeyos, y el autorizarle con un peligro de su propia persona, fuese para inclinarle á crear á los enemigos de los jesuítas en nuevos ministros, con que formar un tribunal despótico y severo, con autoridad terrible, sanguinario y libre de las leyes políticas y humanas, en donde se decidiese la expulsion de los jesuítas y la misma extincion de esta Sociedad, proyectada y deseada por los enemigos del Rey Católico, de la patria y de la religion romana mucho tiempo ha.»

Que estos enemigos de la religion romana lo eran tambien del rey y de la patria, lo demuestra el hecho que voy á referir aquí¹. D. Manuel Galvan, regalista furioso, Oidor de la Audiencia de Manila, comisionado para el extrañamiento de los Padres de las Islas Filipinas, tuvo con el P. Cáseda², uno de ellos, una conversacion acerca de las causas de la expulsion de la Compañía. Y en ella, entre otras cosas, dijo al mencionado Padre: «Los Golillas, mis compañeros, pretenden á todo riesgo abolir el estado monárquico para introducir la anarquía..... Dispondrán las cosas de la monarquía de suerte, que quede el reino exhausto de dinero, de gente, y de fuerzas de mar y tierra. Cansarán al pueblo con extraordinarias imposiciones. Cuando el pueblo esté impaciente, ellos tomarán las medidas de una general sublevacion, general en toda España y á un tiempo en todas las ciudades: sublevacion verdadera, y no como la sucedida en Madrid para atribuirla á la Compañía. El primer aviso que darán al Rey será decirle: «Sacra Real Majestad, el pueblo pide nueva legislacion, pide la anarquía.» Á la mínima resistencia del Rey, le responderán: «La vida de Vuestra Majestad y del resto de la real familia no se asegura de otra manera.»

«Quieren la anarquía, para que manden en España los Con-

¹ P. LUENGO, lugar citado.

² El P. Pedro de Cáseda fue natural de Pamplona, y murió en Barcelona el año 1815 siendo de 76 años de edad y contando 58 de religion.

sejos y las Audiencias como el Parlamento en Inglaterra, con un rey que haga figura, y nada más. Por señas de lo que he dicho verá Usencia aquellas grandes imposiciones, exhausto el erario de dinero, y el resto del reino despoblado. Las mismas guerras las tomarán para exterminio del reino, y todo sucederá desgraciadamente..... Todo esto es lo que impiden los jesuítas. Estando los jesuítas en el reino, y particularmente cerca de la persona del Rey, no pueden lograr su intento, pero ni aun dar las disposiciones: las cuales, teniendo necesidad de continuacion, como anillos de una cadena trabados unos con otros, serian interrumpidos de mil maneras por la vigilancia de los jesuítas.»

«Todos estos,» continúa el Padre, «fueron los sentimientos del Oidor: á quien queriendo yo reponer alguna palabra, me interrumpió diciéndome: «Lo aseguro porque lo sé: y Usencia puede decirlo en mi nombre cuando le parezca conveniente.»

Esta conversacion túvose en la ciudad de Manila el mes de Mayo de 1768 al tiempo de verificarse la expulsion en aquellas Islas. Púsola por escrito el P. Cáseda en Setiembre de 1785 en Italia, á petición de sus compañeros: y como estos se mostrasen difíciles en darle fe, autorizó su relacion con el siguiente juramento: «Digo, que creyendo firmemente que Dios me ha de juzgar; que ve el interno del corazon; y que atestiguando con su testimonio una cosa falsa, sería yo digno de eterna pena; creyendo no faltar levemente al religioso debido respeto en lo que debo asegurar, antes por el contrario, sabiendo que el juramento religioso con las debidas circunstancias es acto de religion: juro que el Señor Oidor Galvan me aseguró como cosa que él sabía, que el motivo de todas estas novedades y fin de ellas era el deshacer el estado monárquico y reducirlo á la anarquía¹.»

¹ Véase íntegro este documento en el Apéndice, núm. 7.